

# RAZONES POR LAS QUE LEO Y ESCRIBO

Jorge Ramírez Caro\*

Durante más de diez años he impartido talleres de creación literaria y de lectura creativa en escuelas y colegios de zonas rurales. Me ha preocupado cómo enfrentar el problema de la copia, la reproducción y el plagio a que el sistema educativo acostumbra y acompaña a los estudiantes. He querido implementar metodologías de apropiación, reelaboración y reescritura de las fórmulas consagradas de una manera consciente y creativa, para acceder después a una expresión más personal, con un estilo más propio y dentro de una lógica totalmente distinta a la de los discursos dominantes. Para llevar a cabo esto, he insistido en los participantes de esos talleres en la necesidad de leer para escribir: leer el mundo y la vida propios y los del otro para poder escribir, escribirnos e inscribirnos en nuestra propia vida y en nuestro propio medio natural, social, histórico y cultural donde están los otros.

Me ha interesado mucho que el lector no desvincule la lectura de la vida. Creo que cuanto más relación tratemos de buscar entre la lectura con los resortes de nuestras experiencias vitales, más productivo, sugerente y evocador se convierte el texto que leemos. La lectura y la escritura no son tareas etéreas y

---

\* Poeta, narrador y ensayista colombiano residente en Costa Rica desde 1984. Profesor en la Universidad Nacional desde 1993 y en la Universidad de Costa Rica desde 1998. Autor de obras como: *La máquina de los recuerdos* (1993), *Los rituales del poder* (1997), *Sombras de antes* (1998), *Guía de razonamiento verbal* (2000), *Las cenizas del sentido* (2001), *Los juegos del duende* (2003), *Pensamiento hábil & creativo* (2003), *Deudas de olvido* (en prensa) y de artículos especializados en revistas nacionales y extranjeras, tanto impresas como digitales. El presente texto ha sido publicado en varias oportunidades por separado cada una de las diez razones. La presente versión forma parte de mi libro *Los juegos del duende*.

abstractas, sino situadas y condicionadas social, histórica y culturalmente. Intervienen en ellas factores internos y externos que no podemos dejar de lado: a la par de nuestra biografía, de nuestro estado de ánimo y de nuestras condiciones sentimentales aparecen los condicionamientos de la sociedad, de la historia y de la cultura desde las cuales leemos. Si somos conscientes de estos elementos programadores de lectura y de escritura podemos realizar nuestra labor de entender la vida, el mundo y a los otros de una manera más clara. Llegaremos a ser capaces de poder integrar tareas: la lectura la convertiríamos en escritura y la escritura en lectura de todo cuanto ha ido siendo formado por nuestras experiencias vital y lectora.

Expongo en este artículo las razones por las que leo y escribo. Primero me referiré a las diez razones por las que leo y después a las diez razones por las que escribo. Quiero advertir que estos dos placeres no están desligados el uno del otro, sino que existe una perfecta complementariedad, de modo que no se puede leer sin estar siendo provocado y tentado a escribir lo que el texto le va sugiriendo, evocando y avivando por dentro. Y tampoco se puede escribir si no se es un constante e insistente lector de la realidad, del libro de la vida y del texto que somos. Espero que el lector nunca deje de tener las propias razones por las que lee y por las que escribe y las pueda compartir con futuros lectores. Hay que romper con el silencio ante un texto y permitimos disentir y externar nuestra palabra: papel y lápiz para no dejar que mis ideas se vayan o se las lleve el viento. Que la lectura nos convierta en otros y que nosotros convirtamos en otro texto aquello que nos palabrea.

## *Diez razones por las que leo*\*

Han de existir muchas razones por las que se puede leer un libro, pero yo expongo aquí diez por las que leo y seguiré leyendo literatura.

1. Cada vez que leo expreso mi condición de ser humano abierto, sensible y dispuesto a traspasar mi pequeño entorno para alimentarme con y de las luces y verdades procedentes de otros lados. Leo para no ahogarme, envenenarme o pudrirme con y en mi propia pequeña y miope percepción del mundo. La lectura enriquece mi punto de vista, me hace oír, tomar en cuenta y valorar la voz de los otros. Leer es abrirse, ser receptivo, disponerse, dejarse mojar, empaparse. La lectura me hace poroso y permeable.

2. Leer es encontrarse consigo mismo, con el mundo y con los demás. El texto es el espejo que muestra mi interioridad, los rincones de mi alma, las texturas de mis entrañas. Pero también es el prisma que expresa la múltiple y compleja realidad, donde se materializan los problemas del mundo y del otro. El texto es el puente que me acerca a ese mundo de angustia y de sueños de los otros. Dando con el otro me encuentro a mí mismo y mi lugar en el mundo. Todo texto es un cruce, un lugar de encuentro.

3. Leer un texto equivale a leerse a sí mismo. El texto nos da la oportunidad de descubrirnos y reconocernos como texto escrito: él lee las líneas y las historias que nuestras experiencias vital y lectora han ido inscribiendo en nuestra memoria. No sólo soy yo quien lee al texto, sino que el texto me lee a mí, edita por primera vez las páginas que el tiempo ha ido sedimentando en mi alma. Cuando leo, veo en el texto lo que me constituye como tal.

---

\* Este texto ha sido publicado en varias oportunidades: *Tópicos del Humanismo*, n° 59 (Heredia: Universidad Nacional, junio, 2000), *Suplemento Cultural*, n° 64 (Heredia: Universidad Nacional, mayo-agosto, 2000) e *Ingenium*, n° 3 (Bogotá: Universidad San Buenaventura, enero-junio, 2001).

4. No sólo leo para saber y aprender más de la vida, del mundo y de los demás, sino para sentir, experimentar, crear y recrear la vida y el mundo con los sueños propios y ajenos. Leer es un proceso evocativo e invocativo, sugestivo y generador de nuevas ideas, de nuevos textos: nos permite atraer y atrapar lo que nuestras experiencias vital y lectora han ido depositando en nuestro interior. La lectura es el anzuelo con que pescamos esperanza.

5. La lectura nos involucra en un proceso metamorfósico que va del lector hacia el texto y viceversa y del lector hacia el mundo. Al leer para imaginar y crear transformamos el texto y éste nos imagina y nos crea también. Después del proceso de lectura ni yo ni el texto leído terminamos siendo los mismos que antes: ambos nos alimentamos y crecemos. El texto deposita en nosotros sus huevos de duda, esperanza, imaginación o sus fantasmas o sus sueños, y nosotros dejamos en él las expectativas nuestras y las del entorno social, histórico y cultural al analizarlo, comentarlo y rescribirlo o al transformarlo por aquella acción suscitada por la lectura de dicho texto.

6. Toda lectura es un viaje, una salida, un éxodo, una expatriación, al tiempo que un retorno, un regreso, una repatriación, un *inxilio*. La lectura no sólo nos remueve y conmueve, nos estremece y arranca del lugar donde solemos estar, sino que también nos arraiga y afianza, nos apuntala y sostiene en nuestros sueños y proyectos. La lectura me introduce en una corriente centrífuga y centrípeta al mismo tiempo. Gracias a este doble movimiento es posible que yo encuentre, me pierda y me encuentre, exprese y me exprese, lea y me lea, escriba y me escriba-inscriba.

7. Al ser el libro la materialización de la memoria colectiva, el proceso de lectura se convierte en un viaje hacia la infancia, hacia los recuerdos, hacia los

sueños antiguos y siempre nuevos del alma humana. Con la lectura suspendemos y derribamos las fronteras o cercos espaciales y temporales que la lógica racional nos impone, y nos sentimos en libertad de vivirnos como seres libres y ubicuos, de aquí y de allá, de ahora, de ayer y de siempre.

8. Leo porque leer es vivir doblemente. En y por medio del proceso de lectura recuperamos nuestra íntegra condición humana: se fusionan nuestras partes afectiva, emotiva, imaginativa y creativa con las partes lógica, racional y supervisora. La lectura nos devuelve, nos hace descubrir y asumir las múltiples visiones, dimensiones y rostros del mundo, de la vida y del otro. Al actuar conjuntamente los dos hemisferios del cerebro podemos asumir como nuestra la tragedia, la alegría, la esperanza, la vida y los sueños del otro. No sólo vivo lo que me correspondía, sino que asumo esa otra vida desplegada, avivada y mostrada por el texto que leo.

9. Leo porque de este otro lado del libro se pasea un gigante con botas de siete leguas que viene arrasando sueños y esperanzas, utopías y encuentros, diálogos y ternuras. Y porque además viene deshaciendo lazos que estrechen y unan a los pueblos humildes y sencillos y en su lugar impone la fría relación con máquinas y aparatos y nos sumerge en una soledad desolada. Gigante que reemplaza los abrazos, los besos y el contacto humano por las relaciones mediadas por una computadora, y con el sexo virtual violenta el calor y el cariño que se puede compartir y experimentar en la alcoba. Leo para no perder el norte, la luz y el camino que me conduzcan siempre al hogar, al aroma de la casa materna o paterna, al sabor de los abrazos, al cariño de los saludos, al círculo festivo y desinteresado de los amigos.

10. Leo porque mis hijos son inocentes y tienen derecho a la ternura y a la alegría, tienen derecho a ejercer la imaginación y la creatividad, soñar y tener esperanza. Leo para leerles, porque no quiero dejarlos huérfanos de la memoria humana que también les pertenece, de esta memoria (tesoro de sueños y esperanzas son los libros) que busca y requiere de terrenos bien abonados y dispuestos donde caer para germinar, florecer y frutecer. Ellos siempre esperan que yo les lea un cuento o un poema o les cuente un chiste. No quiero que vayan a ciegas por el camino, ni que zozobren cuando se avecine la tormenta: la lectura será el aceite que mantendrá encendida la llama de estas dulces lamparitas.

¿Posees alguna razón más por la que se pueda leer y ser leído?

### *Diez razones por las que escribo*<sup>\*</sup>

La palabra es el Caballo de Troya que el escritor obsequia a y filtra en la mente del lector: cuando éste abre las puertas de su imaginación creativa saltan del mundo, de la vida y de los libros los futuros seres que poblarán su alma y esparcirán en él las semillas de otras realidades. Después el lector hace lo mismo: se abandona a mundos y a textos ajenos y, pretextando rescatar los sueños humanos, regala otros caballos. La metamorfosis ha dado su vuelta: ahora es el lector quien coloca en otros los huevos de las futuras mariposas. Por estas venideras palabras expongo aquí diez razones por las que escribo.

1. Escribo porque soy un lector del mundo, de la vida y de los libros y no puedo dejar que pase al olvido y al silencio eso que la lectura de ellos me engendra, me suscita, me genera. No puedo quedarme atónito contemplando el

---

<sup>\*</sup> Este texto ha sido publicado inicialmente en *Suplemento Cultural*, n° 66 (Heredia: Universidad Nacional, marzo-junio, 2001) y en *Ingenium* n° 4 (Bogotá: Universidad San Buenaventura, julio-diciembre, 2001).

mundo desplegado, no puedo dejarlo marchar: con la escritura construyo una morada donde pueda quedarse a vivir temporalmente, hasta que otro lector lo encuentre, lo avive y lo haga levantarse de aquellas cenizas que son las palabras. Así como la mejor lectura es aquella que engendra escritura, el mejor lector es aquel que escribe lo que el libro, el mundo y la vida le sugieren, le evocan y le pescan. Las ideaciones, las evocaciones y las imágenes suscitadas por la lectura son como el agua del río: nunca vuelven a repetirse aunque leamos el texto mil veces en el mismo lugar donde se nos ocurrieron aquellos pensamientos idos. Escribo porque no quiero que se pierda ese pedazo de alma que sale del nido, vuela y busca una palabra donde posarse o quedarse a vivir por otro instante más.

2. Todo proceso de escritura parte siempre de un autoanálisis y de un análisis, de una autocrítica y de una crítica. Cuando escribo no hago otra cosa que leer y releer los entretelones de mi alma, revolver los archivos de mi memoria para reconstruirme, reinventarme, recrearme: lo que fui, lo que soy, lo que quisiera y lo que puedo ser encuentra su energía y su vitalidad en estos rincones interiores, donde husmeo en busca de respuesta, de salida, de luz. La escritura es una especie de fuga de sí mismo y de nuestro mundo, al tiempo que un salir a nuestro propio encuentro y al de nuestro mundo. Nuestro afán por la escritura no es más que un deseo por llegar a nosotros mismos, hasta donde están los otros que también somos.

Nuestro oficio tiene algo de Penélope: nos gusta inventar para desinventar, crear para descrear, tejer para destejer el mundo propio y el de los demás. La noche niega lo que el día afirma. La oscuridad, y no la luz, es nuestra aliada: ella nos posibilita hacerle trampas a la realidad para que ésta sea siempre otra, para

mostrar su lado oscuro, lo no dicho, lo no oído en medio de tanta información que satura y obstruye nuestra capacidad de percibir. La escritura nos devuelve a la realidad y al ser humano íntegros y genuinos. Ella nos desenmascara y pone en evidencia nuestras múltiples sombras en un mundo también disfrazado.

3. La escritura no es sólo el juego que libro con el mundo interior sentido y presentido, sino también con el mundo exterior percibido y vivido. Estos dos mundos los ilumino-ensombrezco y los mezclo con mi experiencia lectora para sacar uno nuevo: en él sintetizo mi ser exterior y mi ser interior, mi ser visible y mi ser invisible. Y aunque consciente e inconscientemente me base en esos dos rostros que soy, procuro que a mi escritura se asome una actitud crítica y autocrítica ante lo dado, lo vivido y lo escrito por otros y por mí mismo. Las voces que soy y que me pueblan y las que me rodean las paso por el tamiz de la autocrítica. Con la escritura atraigo, convoco y atrapo lo afincado en mi memoria: las sombras y las luces, las preguntas y las respuestas que en ella hemos salvado y que nos ayudarán a armar el rompecabezas del mundo donde nos vivimos otros con los otros.

Escribir es estar con el otro que somos y con el otro que nos completa. Escribo para recuperarme, para estar siempre en camino, para ir a otra parte de la vida. Pero también escribo para dejarme ir, para borrar, para deshacerme de algo que no quiero que se quede conmigo: con mi escritura desocupo la casa para quedarme a solas a esperar otros sueños que vengan a habitarla. El escritor es como una casa de inquilinos: siempre tiene nuevos huéspedes, aunque algunos se la han tomado como de su propiedad y nunca se van.

4. Escribo para volver a la memoria, recuperarla para recuperarme. Repetimos la misma vida y la misma muerte porque olvidamos vivir y morir: nos



quedamos a la intemperie, apoyados en el desamparo, sin memoria. Un pueblo sin memoria es un pueblo insensato e imprudente, presumido e insensible, inocente y pobre. Sin esa mirada constante al pasado no podemos tener luz para ver dónde colocar el pie que nos encamine hacia el futuro. Escribir es volver a la memoria, alimentarse de ella para no dejar que nadie la saquee, la confisque, la reemplace. Toda escritura se alimenta de este pozo que otros consideran seco al decir que estamos en otro tiempo, en otro lugar, en otra vida. No puedo dejar de ser el eco y la voz, la realidad y la sombra, lo que vivo y lo vivido, lo visible y lo invisible de lo que leo y de lo que vivo. El ser que somos habita en nuestra memoria: desde allí él escoge lo necesario, lo oportuno, lo vital. Por eso me siento de espalda a escribir.

    Escribir no es otra cosa que desalmacenar lo vivido y lo leído a través de un proceso imaginativo y creativo que viaja desde nuestro aquí y ahora hasta la memoria. La palabra es el anzuelo con que pesco en mí lo que las circunstancias me sugieren. Mi memoria es un gran lago lleno de sueños y de truchas. Para escribir me acerco a ella con una mirada panóptica para ver hacia atrás, hacia adelante, hacia los lados y hacia adentro de sí, hacia donde estamos y hacia donde soñamos estar, hacia lo que somos y hacia lo que deseamos ser. Cuanto fui, cuanto soy y cuanto deseo ser desemboca en mi escritura. Mi escritura es la huella que dejo a las truchas para que busquen aguas más profundas y hermosas. En la memoria tenemos el ojo con que ver, juzgar y valorar nuestra vida, nuestras acciones y nuestros productos.

**5.** Escribo mis sombras, lo que no alcanzo a ver del todo bien, lo que está entre mi ojo y la realidad, pero que no sé exactamente qué es. En el rodeo, en el abordaje, dejo entrever algo que no es definitivo. No soy consciente de esa luz

que otros ven. No imagino eso que otros sí. No intento nada, no me propongo nada que no sea pescar mis claroscurios. Que otros vean lo que quieren y desean ver. Al escribir pongo puertas, dejo vacíos, abro ventanas por donde mirar. Por esas aperturas se asoma el lector como quiere. Algunas veces al lector se le ocurre poner esas puertas y ventanas en otro lugar del espacio cerrado o abierto por la escritura, y es allí donde se alcanzan a ver otras cosas totalmente nuevas, otras luces insospechadas por el autor. De mis sombras alguien puede sacar luz. Lo que para el productor del texto son sombras, para el lector pueden ser o llegar a ser luces, destellos. Lo que presento como certeza, para el lector puede ser incertidumbre. Es este intercambio de luces y sombras el que mantiene vivo el contacto del lector con el texto.

6. Con la escritura recupero mi soledad íntima, el preciso instante en que me descubro uno y múltiple. Dejo al otro que me habita que se exprese, que salga para que no se pudra, para que alcance aire. El me dice qué sentimientos pulsar, qué palabras proferir, qué razones callar. Cuando escribo soy un solitario que se oye y conversa consigo mismo en las múltiples vidas que me habitan, en las miles de voces que me poseen y que hago mías. La escritura requiere de esta soledad y de este diálogo interior. Cuando uno está escribiendo lo que su otro interior le dicta, y entra alguien a nuestro rincón solitario, en ese momento cortamos la sintonía y se evapora, se nos desintegra, se nos desvanece la voz que nos hablaba. El mundo se cae, el tiempo se escurre.

La escritura intenta recuperar esos castillos, esas fortalezas, esos tiempos. Pero la chispa que enciende el motor y hace girar todo el proceso creativo es distinta para cada quien y para cada texto: por eso es que un poema no se parece a otro, ni un cuento ni una novela a otros. Todo texto es producto, no sólo

de unas determinadas condiciones exteriores, sino de otras tantas condiciones interiores. Escribo para alcanzar esa vida que me quiere dejar atrás, para pescar aire, para entrenar alas, para cazar tiempo: ese tiempo que viene y se queda, ese que viene y se va y ese otro que nunca llega. No quiero dejar que se vaya lo que se marcha conmigo: lo que me lleva, quisiera llevármelo, tomarme ese trago lúcido y oscuro y engendrar con él la patria memoriosa donde yo algún día también floreceré. Lo intento una y otra vez.

7. Recorro a la escritura porque es un instrumento provocativo y placentero que me permite abrirme al mundo, exhibirme, exponerme y afirmarme: en lugar de anularme, la palabra me permite ser. Con ella puedo agradar, divertir, fastidiar, criticar, provocar, disculpar, analizar, cuestionar. A través de ella expreso lo que la cultura y la sociedad reprimen a la memoria, al corazón, al actuar humanos. Con ella recupero lo que otros olvidan y desatienden. La escritura es descargo de conciencia, desahogo del alma, extroversión del corazón, desinhibición de la memoria, explosión de las profundidades del espíritu humano. Tengo derecho a permitirme ser ese instante en que me encuentro conmigo mismo, con el otro y con el mundo en el jardín de las palabras, en el paraíso de la memoria.

Quiero ser real y verme vivo en los seres que invento, vivir sus aventuras, estar donde alguna vez estuve o donde nunca he estado, traer lo que no quiero perder de mi vida, de mi memoria. Como soy un ser en perpetua fuga, deseo, antes de terminar de marcharme, pasar por las palabras y quedarme a vivir en alguna de ellas. No quiero que mi memoria quede en brazos de la muerte, en la casa del olvido. Se salva conmigo lo que logre asir con mi palabra, que es la memoria humana. "Escribo para mi placer. Para mi vicio. Para mi dulce

condenación”, decía Onetti. Escribo para mi amarga salvación, para quedar pendiente, latir en otra parte, titilar en el fondo de alguna palabra.

8. Aunque la escritura sea una puerta para que el pasado ingrese o para que no se marche, no escribo para esclarecerlo o para eliminar las dudas que sobre él tengo, sino para introducir mi percepción actual en ese tiempo que ya no es mío y que otros se han llevado. Por eso los textos de ficción terminan siendo lo que uno desearía que hubiera sido el pasado (o cómo quisiera que fuera el futuro). Uno se introduce en un mundo donde nunca estuvo real o conscientemente y le da a sus personajes el status de lo que uno hubiera representado si hubiera estado cuando sucedió lo que nunca volverá a suceder del mismo modo.

Nos hacemos seres de aquí y de allá, peregrinos en tiempos y lugares que ya no están. Estamos aquí yéndonos y esperando que vuelva aquella vida que nos hace falta. Hacemos continuos viajes a esos mundos fundados por la memoria. Del aquí y ahora llevamos al pasado lo que nunca tuvimos y de allá traemos lo que hoy añoramos: esa fuerza originaria que nos permita vivirnos de nuevo como seres de corazón entero. Ese no saber qué se hizo lo que ya se fue ni qué se hará lo que todavía no llega me hace escribir. La escritura está orientada a darle un cauce, un asidero a aquellas aguas de la vida que encuentra en el texto un verdadero terreno donde terminan echando raíces.

9. La escritura renueva mis viejas maneras de ver, de sentir, de amar, de oír, de desear, de soñar el mundo propio y el de los demás. Arranca las cosas del nunca jamás y, con el poder transmutador de la palabra, las coloca permanentemente en la memoria humana. Escribo porque oigo en mi voz la voz de otras voces, los ecos de otros ecos, la vida de otras vidas, los cantos de otros

cantos. Escribo porque me gusta descubrirme mundo, universo, persona, aire, luz, agua, fuego, corazón, camino por donde ir y volver. Sólo la palabra me posibilita estas aventuras y me ayuda a atrapar lo que en el pensamiento y en la imaginación es instantáneo y fugaz.

Escribo para seguir siendo este ser vivo y soñador, dulce y efímero, plural y único, perfilado y camaleónico, original y espejo, puerta y ventana por donde todo mundo pasa y se asoma a ver, a gritar, a cantar, a llorar, a esperar, a trajinar la vida, a buscar otra oportunidad, otra luna, otra respiración. Dejo en el papel lo que se quiere ir de mí, lo que se ha ido de otros, lo que es preciso olvidar este día para recordarlo después, para vivirlo dos o tres veces más en la memoria. Escribo para olvidar que debo olvidar, para tejer y destejer.

**10.** Escribir es asumir el mundo y al otro en toda su pluralidad. Sólo sobrevive en la memoria la ficción que puede sacudir y comprometer al ser humano ubicado del otro lado de las palabras: la escritura debe llevarnos a emprender los caminos, a trasponer las puertas y los pasadizos secretos a esa otra realidad, a ese otro ser que somos y a ese otro mundo que nos reclama con todas sus voces, con todos sus conflictos. Escribo para abrazar al mundo, para dejarme llenar, para entregarme a sus fiestas, a sus penas, a sus sueños, a sus proyectos. El escritor libera los pájaros que otros han enjaulado, resucita los muertos que otros han enterrado, devuelve los horizontes que la rutina ha negado. Que nadie se quede sin encontrarse y sin encontrar al otro después de gozar y penar en la memoria humana que es el libro.

La escritura me humaniza, me libera de mis propios límites, me saca de mis propias sombras. Saco de mí no sólo lo que me pertenece, sino lo que es patrimonio humano, lo que me han legado mis abuelos, mis padres, mis

maestros, mis profesores, mis amistades, mi esposa, mis hijos, mi Dios. Una palabra saca a otra y ésta a otras más. Un personaje me hace ser otra persona, un texto otro ser. Una palabra me da para tener otra vida: no sólo quiero las siete vidas del gato, sino que deseo multiplicarlas por setenta para sobrevivir. Quisiera que mis palabras se fueran a vivir a otras almas, que ellas fecundaran otras palabras que ayudaran a asumir la vida, la alegría y la esperanza del mundo. Quisiera que fueran una ventana o una puerta por donde salir a pasear, tener aventuras y vida múltiple en cada encuentro que nos propicie la palabra escrita. Escribo porque en el fondo de mi corazón me asombra la vida, me espanta la muerte y sigo siendo un niño.

¿Cuáles serían las razones por las que escribes y te escribes-inscribes?

*Heredia, 2001.*